

Día 21

Los días nublados entristecen a la mayoría de la gente. A mi me da igual. Son días como todos los demás. El problema de esas personas es que saben que su vida da asco. Son conscientes de su mediocridad. Se saben humanos no completos. Reptiles que se arrastran por la vida. Esperan cualquier motivo para entristecerse. Son patéticos. Hoy es uno de esos días nublados.

Salgo de casa y voy directamente a la comisaría. He quedado con el inspector. Avanzo pensando qué puede querer de mí. Me extraña que esté tan interesado en hablar conmigo. Voy dando un paseo. Hace fresco y me despejo. Al entrar un policía uniformado me pide la documentación y me cachea. Parezco un vulgar delincuente. Debo ser el único cuerdo de este mundo de locos. Se protegen de sus protectores. Inútiles.

El inspector me saluda amablemente. Me invita a un café y nos sentamos dentro de una sala de reuniones. Va directamente al grano. Me pregunta por la camarera. Intenta que le diga que yo la maté. Es listo pero no tanto. El día que esa tía murió yo estaba en mi casa viendo una película. No me gusta salir por las noches. Desde lo de Lorena me siento muy mal. No me apetece divertirme, y mucho menos tomar copas en un bar. Estoy completamente dispuesto a ayudarlo en la búsqueda del asesino. Ese maldito desalmado....

Me mira. Busca en mi mirada. Le miro directamente, a los ojos. Silencio. Llevamos más de un minuto callados. ¿Le gusta a usted el deporte?, pregunto. Se queda sorprendido con la pregunta. Podríamos quedar un día para jugar al tenis. Soy un gran aficionado. ¿Juega usted al tenis?

La conversación con el inspector no nos lleva a ningún lado. Juega su juego. Ese es su problema. Se cree que es un juego. Yo no juego. Yo mato. Salgo de la comisaría contento. Me gustan los días nublados. Hoy es un buen día nublado. Además, he conseguido un compañero para jugar al tenis

Día 22

Salgo del trabajo algo tarde. Camino hasta el metro en compañía de un par de compañeros. Junto a mí camina un tipo de mi departamento. No para de hablar con su voz nasal. Es nauseabundo. Es odioso. Quiero que se calle. Necesito no oír más su voz. A su lado va una chica joven de administración. Está buena, muy buena. Todos los tíos de la empresa babean por ella. Son patéticos. Cada vez que abre la boca todos sonrían como gilipollas. Da igual lo que diga. Siempre hay risas. O caras de interés. Algunos incluso se hacen los interesantes y se ponen a hablar con ella. Cambian la voz y la expresión de sus rostros cuando se acerca. Capullos. Cuando se gira todas las miradas se fijan en su culo. Por las noches se follan a sus mujeres pensando en ese culo. Los solteros se masturban imaginando que se la están tirando, que ella grita y gime de placer y dolor. Es su puta fantasía. Son monos amaestrados.

Llegamos al metro. Los tres esperamos en el mismo andén. Viajaremos juntos un par de paradas. Un letrero luminoso indica que faltan 4 minutos para que llegue el siguiente. Ellos dos mantienen una conversación de trabajo. El tío es patético. No para de hacerse el gracioso. Cuando ella no le mira a los ojos, él baja la mirada hasta sus tetas. Creo que se la está imaginando desnuda. Se está excitando. Joder, creo que el muy cretino se está empalmando.

Ella no se entera de nada. No ve lo que veo yo. Nadie sabe mirar con mis ojos. Siguen hablando de estupideces. Jefes. Clientes. Ofertas. Contratos. Estoy a punto de vomitar en sus caras. De repente recuerdo a la dependiente de la tienda de flores. Me despido. Salgo del metro y les dejo solos. Con un poco de suerte ese tío patético se la tirará esta noche. O no. Me da igual. Voy hasta la tienda en taxi. Allí está ella, a punto de cerrar. Entro. Me mira. Está sola. Cierra la puerta detrás de mí y cuelga un cartel que indica que el local está cerrado. Baja una puerta de seguridad. Saldremos por detrás, me dice. Nos dirigimos hacia la puerta trasera. Ella va delante. Yo la agarro por la cintura. Empiezo a rozarla. Se detiene cerca del mostrador. Roza suavemente su culo contra mi pene. Estoy excitado. Subo su falda. Empiezo a masturbarla. Gime. Ella se gira. Nos besamos. Sigo acariciando su coño con mis dedos. Me baja el pantalón y empieza a acariciarme. Tiene la falda subida así lo tengo fácil. Aparto su ropa interior y comenzamos a hacerlo. Sin preservativo. Sin seguridad.

Mierda, pienso. No puedo hacer esto así. La saco. Se queda quieta. Tomo la píldora, me dice. Aún así me pongo uno. Está de acuerdo.

Lo hacemos. Sexo. Más sexo. Pasión. Ella se va a correr. Está gritando de placer. Está teniendo un orgasmo ahí mismo, sobre el mostrador. Está en otro mundo. Todo sucede en segundos. Nos vamos a correr juntos. Mientras los dos gritamos veo unas tijeras cerca. Las recojo. Ella está en pleno éxtasis sexual. Clavo las tijeras en su espalda. Creo que aún no se ha dado cuenta. Follo tan bien que no sabe que la estoy matando. Aprieto con mi polla. También aprieto más con las tijeras. Sigo clavándolas. Me mira. La aprieto contra mí. Tengo un orgasmo mientras ella comienza el lento proceso de poner fin a su vida. El mejor polvo en mucho tiempo. He terminado y ella también. Está pálida. La cabeza inclinada hacia atrás. El forense dirá que ha muerto apuñalada. Yo sé que la he matado de amor. Soy un romántico.

Día 23

Los rayos de luz llevan varias horas molestando mi sueño. Es fin de semana y no me apetece nada levantarme. No obstante llevo un buen rato despierto. Miro el techo. Pienso en la chica de la tienda de flores. Pienso en lo que hice con ella. Siento una extraña sensación dentro de mí. No lo entiendo. No estoy acostumbrado. Algo me dice que no tenía que haberla matado. No tiene ningún sentido. Mucha más gente merece morir. Quizá ella también, pero no estoy seguro. De repente recuerdo a Lorena. Ella tampoco lo merecía. Del resto no tengo ninguna duda. Están mejor muertos. Guardo silencio. Dejo pasar los minutos ahí tumbado, boca arriba.

La idea de haberme equivocado atormenta mi mente. ¿Por qué me pasa esto ahora? Me desquicio. Finalmente decido salir de la cama. Voy al baño. Me miro en el espejo. Miro mi cara. El miedo se apodera de mí. Es la primera vez en mi vida que me miro y no me gusta. No soy dios. No soy perfecto. Tengo ojeras. El pelo despeinado. Los ojos rojizos. Me doy asco. Mi cara es vulgar, común, simple. Estoy aterrado.

Me ducho con calma. Imagino que todo puede ser un sueño. Desayuno mientras leo las noticias en mi ordenador. Todas hacen eco del asesinato en la floristería. Intuyo que pronto me veré las caras con el inspector. Necesito dar un paseo. Salgo a la calle. Me dirijo a un parque cercano a mi casa. Hace un buen día. Hay gente corriendo, haciendo deporte. Gente paseando con sus perros. Madres con sus hijos. Algunas personas leen el periódico. Las portadas hablan del loco asesino. Sigo andando sin rumbo. Por mi cabeza pasan imágenes sin sentido. Caras. Rostros asustados. Miradas perdidas. Cuellos degollados. Sangre brotando de heridas. Tajos en la carne.

Camino perdido. No entiendo lo que me está pasando. Levanto la mirada. La veo. Dejo de caminar. La miro. Una mujer preciosa está sentada en uno de los bancos. Tiene un libro entre las manos. Cerca juega un niño. Ella me ve. Cruzamos las miradas. Unos ojos profundos se clavan en mí, escrutan en mi interior. Sonríe. De repente el niño le pregunta algo a la mujer. Es su madre. Ella aparta la mirada y habla con el niño. Continúo mi camino.

Vuelvo a casa. Paso el resto del día metido allí, sentado en un sillón. Intento concentrarme en un libro que he comprado antes de subir. Soy incapaz de leer. La imagen de la mujer se ha clavado en mi mente. No dejo de pensar en ella. Creo que estoy enfermando. Necesito que pase este día. Que llegue mañana. Mañana. Siempre mañana.

Día 24

Un sonido estridente me saca del sueño profundo. Abro los ojos y golpeo el despertador esperando que alguno de los botones pare ese maldito sonido. Creo que he dormido dos horas. Anoche no pude conciliar el sueño. Estoy agotado. Aterrorizado. La idea de estar equivocado martillea mi cabeza como si fuera un yunque. Salgo de la cama y me dirijo al espejo del cuarto de baño. Quiero ver mi cara. Quiero observar la perfección que me tranquilizará durante el resto del día. Pero lo que observo es aún peor que el día anterior. Es el horror personificado en un rostro cansado, ojeroso, desesperado. Rabia. La rabia se apodera de mi cuerpo. No puedo evitarlo. Enfurecido golpeo el espejo con mi puño cerrado. Cruje bajo mis nudillos. Un chorro de sangre comienza a fluir

resbalando en una línea recta hasta la repisa de cristal. Aprieto el puño contra el espejo haciendo más fuerza con mi brazo hasta que un dolor agudo me hace retirar los dedos ensangrentados. Decenas de diminutos cristales agujerean la que hasta ahora era una piel perfecta, tersa y suave. Me estoy pudriendo.

Decido ir al trabajo en mi coche. Está aparcado junto a la furgoneta que he empleado alguna vez para limpiar este mundo. No tengo ganas de ver la cara de nadie, pero tengo que seguir fingiendo que soy como ellos. Con sus mismos problemas y defectos. Mientras conduzco, por mi cabeza vuelve a aparecer la mujer que vi en el parque. Preciosa. Guapa. Parecía una persona culta. O por lo menos sabía leer. Es mucho más de lo que la mayoría de la gente podría decir. Estoy rodeado de patanes incultos que no saben leer, hablar, pensar.

Paso algo más de una hora metido en mi lata motorizada, encerrado en un atasco. Miro hacia todas partes, veo sus caras. Algunos hablan por el teléfono móvil. Esos me dan más asco que los demás. Prefiero a ese tipo con cara de gilipollas cantando canciones de la radio antes que al encorbatado del BMW que no puede esperar media hora en sus gestiones laborales. Es primordial que hable por su móvil de 300 euros a las ocho y media de la mañana. Seguramente si no lo hace su mundo desaparecerá bajo sus pies. Esa llamada es su vida, su puta y maldita vida. Desde mi asiento puedo ver un anillo dorado en su mano. Seguramente esté casado. Le imagino hablando con su mujer, de estilo de vida semejante. Les imagino follando por la noche, en su cama gigante. Él pensando en su nueva secretaria y ella pensando en su profesor de tenis. Después se dicen que se quieren, como quien responde a un “buenos días”. Entonces cada uno se va a un lado de la cama, porque cada uno tiene su parcela de la cama, y no se rozan en el resto de la noche.

Antes de llegar al trabajo un pensamiento vuelve a mi cabeza. La mujer del parque. Decido que esta tarde iré a correr por allí. No tengo muy claro por qué, pero me apetece verla. Espero que esté por allí. Espero también una llamada del inspector. Estoy convencido de que cree que soy un maldito asesino. Seguro que piensa que yo maté a la chica de la tienda de flores. Espero su llamada, señor inspector. Me lo prometió.

Día 25

Correr después de un día de trabajo siempre me alivia. Esta semana he bajado todas las tardes al parque cercano a mi casa para hacer deporte. Cuando paso cerca del banco donde encontré a aquella mujer siempre espero encontrarla de nuevo. Espero que me mire y me sonría. Espero que me desee. Espero que me hable y me lleve a su casa. A su cama.

Lleva dos días sin aparecer por allí. Yo llevo dos días sin poder dormir. Cada mañana salgo de la cama y miro mi patética cara en el espejo. Cada vez se parece más a las caras que veo por la calle. Empiezo a ponerme nervioso. Esta mañana en el metro vi a un tipo asqueroso, repugnante, como casi todos. Sudaba por el calor del vagón. Casi podía escuchar su respiración. De repente me miré reflejado en el cristal de la ventana. Yo también estaba sudando. A mí también me asfixiaba ese calor insoportable. Me estoy convirtiendo en un despojo humano. Yo también.

Pienso en mi madre. Ella nunca hubiera permitido que esto pasara. Ella hubiera cuidado de mí. Y yo de ella. Maldita sea. Dios nos ha abandonado definitivamente. Soy la esperanza de la humanidad. Protector de la especie. El último adalid encargado de su continuidad. Y estoy fallando. Me estoy acabando poco a poco. Me convierto en uno de ellos. Siento la necesidad de reaccionar, rápido. Lo haré. Pronto. Soy consciente de mi situación. Es algo pasajero, temporal, momentáneo. Incluso Dios nuestro Señor necesitó un día de descanso. Yo también lo merezco. Él hizo el mundo con errores. Yo corrijo sus errores.

Paseo por el parque. Hoy no quiero correr. Sólo quiero verla. Veo a la gente sonreír. Lo pasan bien. Joder, parece que sus putas vidas son perfectas sólo por bajar a ese trozo de ciudad no asfaltado y respirar aire contaminado con olor a césped. Maldigo sus vidas. Deseo sus muertes. Camino hacia el lugar donde espero encontrarla. Hoy sí está allí. La veo desde lejos. Tiene otro libro en la mano, distinto del de la última vez. Lleva unos pantalones negros, ajustados. Imagino su cuerpo. La imagino desnuda. La deseo. Ella me mira. Parece sorprendida. Me reconoce y sonríe. Hace un gesto

con la cabeza. Es un gesto leve, casi imperceptible, pero suficiente. Me siento cerca de ella. Cierra el libro y me mira. Mantengo su mirada. Está leyendo un libro de Bukowski: Mujeres. Un gran libro, comento. Ella asiente. Marta, me dice. Me llamo Marta. Charlamos un rato de cosas sin importancia. Banalidades. Al cabo de un tiempo un niño de unos diez años aparece. Es el mismo chico del otro día. Marta me dice que se llama Alejandro. Nos saludamos. Jugamos un rato con un balón. Joder, me parezco a todos esos. Doy asco. Pero yo soy distinto.

Llego nuevamente a casa y dejo pasar las horas sin hacer nada, sentado en un sillón. Pienso en todo lo que me está ocurriendo. Suena el teléfono. Es tarde, casi las once de la noche. Es el inspector. Se disculpa por las horas de la llamada. Quedamos para charlar mañana. Cuelgo. Me visto. Recojo un cuchillo afilado de mi maletín. Lo guardo entre mi ropa. Hace una gran noche. Creo que daré un paseo, pienso mientras una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Día 26

Mi paseo nocturno no duró demasiado. Una extraña sensación de inseguridad invadió todo mi cuerpo. La calle estaba completamente vacía. No había ni un alma. Las noticias de un posible asesino en serie corren por todos los telediarios nacionales del país. La gente está asustada. Tienen miedo a salir de casa. ¿Debería yo también asustarme? Un coche de policía pasó cerca mío. Noté sus miradas clavadas en mí. Escrutaban mis movimientos. Continué mi camino un par de calles más y giré en una esquina, lejos de la mirada inquisitiva de los agentes. Decidí volver a mi casa. Aquella no había sido finalmente la gran noche que pensaba.

Despierto. Mejor dicho, no duermo. Las imágenes siguen pasando por mi cabeza sin control. Ideas que surgen de algún oscuro rincón de mi mente. Las ojeras están cada vez más marcadas en mi rostro. Mi cerebro funciona lento. Soy incapaz de concentrarme en mis objetivos. Tengo que hacer algo. Salgo de casa. Camino del trabajo recuerdo que tengo una cita con el inspector. Mierda, tengo que ir hasta la comisaría. Aún tengo tiempo así que decido ir dando un paseo. El día ha amanecido algo nublado y fresco, pero necesito que me dé el aire en la cara. La gente camina a mi alrededor

deprisa. Muy deprisa. Por la calle los coches aceleran y frenan desquiciados. Veo a un tipo gritando a través de la ventanilla, desde dentro de su vehículo. Creo que está gritando a un motorista que está parado a su lado. Gilipollas. Son como simios, los dos. Patéticos. El motorista da una patada al coche del gilipollas número uno. Él es el gilipollas número dos. La gente sigue su ritmo. Yo también.

Continúo mi paseo. Un tipo delgado, con ojos rojos y barba de varios días me detiene. Balbucea. Creo que me está pidiendo dinero. Miro alrededor. No hay nadie. Ha aprovechado una callejuela vacía para pedirme algo. No, no me pide, me exige. Entre sus tristes palabras consigo entender cuchillo. Me está atracando. Joder, me atraca un puto heroinómano, a mí. No llevo nada para defenderme. Voy camino de una comisaría. Esto es el colmo. El tipo comienza a sacar un cuchillo de su pantalón. Justo antes de que lo saque del cinturón me acerco rápidamente a él. Cojo su cuello desde atrás con mi mano izquierda. Mi mano derecha agarra su brazo y aprieta fuerte. Empujo hacia él y hacia abajo. Un breve gruñido sale de su boca. Un quejido. Un comienzo de lamento. Le miro. Creo que me intenta decir algo. Alrededor sigue sin haber nadie. Vuelvo a empujar su mano. Una mancha oscura comienza a surgir de su pantalón, cerca de la ingle. Su cara comienza a palidecer. De repente, sus ojos pierden el color rojo de hace unos segundos. Le empujo. Por éste nadie llorará. Para éste no habrá primera plana en los periódicos. A éste no le ha matado un asesino en serie. Continúo mi camino. No quiero llegar tarde a mi cita.

La reunión con el inspector es de lo más curiosa. Me comenta que hay una pista que le puede conducir al asesino de Lorena y las otras chicas. Me comenta algo de una banda de Europa del este. Me enseña unas fotos. No reconozco a ninguno de ellos. La mayoría, me comenta, están fichados y reclamados desde hace tiempo. Son unos hijos de puta muy deseados. No entiendo por qué me enseña estas fotos. Creo que quiere ver la expresión de mi cara. Hace un comentario sobre mi aspecto cansado. El trabajo, respondo. Asiente con la cabeza. Recoge las fotografías con parsimonia. Ordena sus carpetas. Clava su mirada en mí. Silencio. Por fin, habla.

- Eres el mayor cabrón que he conocido. Pero eres listo, hijo de puta. – dice, con la voz suave, tranquila. Se levanta y me acompaña a la puerta. Empieza a molestarme su presencia, y mucho más

su grosería. No soporto la grosería.

Día 27

La conversación con el inspector no fue nada interesante. La única conclusión a la que pude llegar es que ni siquiera un hombre con su cargo se salva de la degeneración a la que se somete la raza día a día, mes a mes, año a año... Pronto seremos mamíferos bípedos que habrán perdido las capacidades del habla y razonamiento mientras volvemos a la caverna de la que, tal vez, nunca debimos haber salido.

Reflexiono sobre estas y otras cosas mientras camino hacia mi casa. Decido tomar un autobús que me deje algo más cerca. Quiero tener tiempo para bajar al parque un rato. Anhele volver a verla hoy. Su imagen no deja de aparecer en mis pensamientos.

Espero en la parada. Hay varias personas junto a mí. Todas miran con ansia en la dirección por donde tiene que venir el autobús. Algunas de esas personas echan ojeadas furtivas a sus muñecas, observando la hora en sus relojes. Yo les observo a ellos. Lo hago con disimulo. No quiero que piensen que soy un loco. Sólo observo. Miro.

Hay dos señoras bastante mayores con algunas bolsas. Hablan en bajo entre ellas y no apartan la mirada de la calle. Cerca hay una mujer de mediana edad. Por su aspecto creo que se cuida bastante. Hace deporte. Viste ropa elegante pero no demasiado cara. Un intento de mujer triunfadora de cuarenta y tantos. Su pena es que se ha quedado en eso, un intento. No debió de tirarse al consejero adecuado en su empresa. Te equivocaste y ahora no sólo no tienes el puesto que deseabas, sino que has dejado que un maldito cerdo podrido de dinero te la metiera, tú a cuatro patas y él sujetando tu cintura, con los calcetines puestos. Mala suerte.

Un chico joven, de unos 18 años también está esperando. Lleva una mochila. De vez en cuando deja de mirar al infinito y clava sus ojos en la mujer. Se la está follando con la imaginación. Escucha

música. Miro sus ojos. Casi se puede ver a través de su cabeza vacía. El poco cerebro que gasta está repleto de mierda, basura. No culpes a la sociedad de tu escasa valor intelectual, chaval. Eres tú el que decides lo que ves en cada momento. Eres puta escoria. Eres el futuro de una raza sin esperanza. Eres su epitafio.

Por fin llega el ansiado transporte. De repente todos parecen activarse. Empiezan a moverse con disimulo. Miran hacia otra parte y van dando pasitos cortos, intentando llegar los primeros a la puerta ya casi abierta del autobús. Permanezco allí de pié, parado, esperando mi turno. Recibo empujones. El chaval ha conseguido el primer puesto. Enhorabuena, animal. Lo observo todo y una sensación de ira se apodera de mi mente. Estoy a punto de agarrar a cualquiera de ellos y aplastar su maldito cráneo contra el cristal de la puerta. Tengo que controlarme. Finalmente decido ir a casa andando. Creo que iré directamente al parque. Seguro que ella está allí, esperando. Creo que me estoy volviendo loco.

Día 28

La oficina apesta a descerebrado. Cada día un poco más. No estoy seguro de poder seguir aquí mucho tiempo. Lo único bueno es que me pagan lo suficientemente bien para seguir haciendo mi trabajo, sin escuchar de mí demasiadas protestas. Llego a mi puesto. Tomo un café y comienzo mi jornada. No suelo despistarme demasiado. No me paso todo el día hablando como mis compañeros. Yo trabajo. Trabajo y pienso en salir de aquí lo antes posible. Una hora más metido en esta jaula y empezaré a enfurecerme. Miro el reloj. Sólo queda media hora para poder salir por la puerta sin que nadie me lance una mirada de desprecio. Odio eso. Da igual que la hora de salir sean las seis de la tarde. Salir al menos a las siete es un rito ancestral que nadie comprende, nadie apoya, a nadie agrada. Todo el mundo lo hace.

Estoy saliendo por la puerta. Pienso en ver a Marta. Ayer estuvimos hablando un buen rato. Su hijo jugaba cerca. Me cae bien. Es un chico solitario, como yo. Es fuerte, inteligente. Llegará lejos. Hoy no hemos quedado, pero sé que estará por el parque con su hijo. Ella sabe que yo iré. Tenemos que

bailar esta melodía hasta poder hacer otra cosa. No me importa. Es la única persona con la que me encuentro a gusto.

En el ascensor de la oficina me encuentro a cuatro tipos que trabajan conmigo. Nos miramos. Sonrisas. Es la hora ¿eh?, comenta un botarate con corbata roja. Lleva un maletín en la mano. Se cree más importante por llevar el maletín. Todos piensan que lleva infinidad de papeles para trabajar en casa. Yo sé que lleva infinidad de revistas pornográficas para masturbarse en el baño. Las compra en un quiosco cerca de la oficina. Un día le vi comprarlas, pero no le dije nada. Él tampoco lo mencionó. Imagino su vida. Su sueldo es lo suficientemente alto para mantener varias familias a un buen nivel. Pero él sólo mantiene la suya. A su mujer, una vieja pija, gorda, imbécil que ya no se la quiere chupar nunca, pero que disfruta tomando un café de media tarde con sus amigas del club. A su hijo, un niñato estúpido que va a clase en su moto nueva, con su casco y otro más para la “chati” que quiera montar hoy, y no precisamente en moto. Y a su perro, bueno, el de su mujer. Un caniche con corte de pelo de 30 euros. Amigo, tu no necesitas revistas para masturbarte. Con toda esa pasta que tienes deberías comprar otra familia. Ellos ni se darán cuenta de que faltas.

Un tipo con la cabeza llena de gomina y un traje de unos 600 euros pulsa el botón del sótano uno. Vamos al garaje, a ver mi nuevo coche, comenta mientras nos obliga a todos a bajar. Ya veréis que chulada, dice con una sonrisa tan estúpida como falsa en la boca. Todos asienten. Caminamos hacia un coche flamante, reluciente, nuevo. El coche valía 90.000 euros, pero el del concesionario ya me conocía de otras compras y me lo han dejado todo por 87.000. Un chollo. Dice todo esto sin inmutarse. Maldito cabrón. Me mira. ¿A que es una pasada? Joder, me está preguntando a mí. Si puedes deberías hacerte con uno así, no te arrepentirás, me dice con su puta sonrisa eterna. Cabrón de mierda. Permanezco allí haciendo el capullo hasta que todos decidimos irnos. Miro mi reloj. He de darme prisa si no quiero llegar tarde a mi “no cita” con Marta. El engominado y yo ya hablaremos otro día.

Día 29

Caminamos juntos por el parque, Marta y yo. El chaval corretea a nuestro alrededor. Es perfecto. Miro al resto de niños y los comparo con Alejandro. Todos parecen clones fallidos de un molde equivocado. Observo las caras de sus madres, agotadas. La mayoría de ellas tiene una expresión mustia, apagada, infeliz. Ya nada es como antes. Todas recuerdan mejores tiempos en sus vidas, cuando sus maridos, novios, chicos o amantes llegaban a casa y, casi sin preguntar qué tal había ido el día, se tiraban en la cama, en el sofá o en el suelo y hacían el amor mirándose a los ojos. De todo eso hace ya más de diez años y comienzan a preguntarse qué les llevo hasta ese punto de sus vidas.

Sin embargo Marta y yo paseamos fuera de toda esa problemática. Comprendo que acabamos de conocernos, pero reconozco en ella un rayo de inteligencia que no había observado hasta el momento en ninguna otra persona, excepto en los ojos de mi querida madre.

Al acabar el paseo decido acompañarles hasta su casa. Ella, al principio, parece algo aturdida con la proposición, pero cede cuando le comento que si lo desea puedo irme por donde he venido. De camino charlamos sobre temas de actualidad. Me comenta que está algo asustada por la oleada de asesinatos que está ocurriendo en la ciudad. La idea de que un psicópata asesino ande suelto la pone nerviosa. La tranquilizo. No tiene nada que temer mientras yo esté a su lado. Se lo prometo. A Alejandro tampoco le pasará nada. Ella me mira con ojos alegres, agradecidos. Piensa que no seré capaz de cumplir lo que digo. Aún así me sonrío y me da las gracias. Llegamos al portal de su casa. No espero que me invite a subir. Ella también sabe que yo no aceptaría una petición así. Soy un caballero. Todo tiene su momento. El chico se da media vuelta. Se dirige a los ascensores. Ella me mira directamente a los ojos. Se acerca a mí y besa mis labios.

No estoy lejos de mi casa. Ando por la calle, mirando a la gente. Yo siempre observo. Veo la mediocridad en todo lo que me rodea. Paso cerca del parque. Vuelvo a ver a varias madres con sus hijos. Vuelvo a observar sus rostros cansados. Vuelvo a meterme en sus mentes, casi vacías de inteligencia. Busco algún padre con la mirada. Sólo veo un par. El resto seguramente estará en sus casas, o en algún bar de la zona, viendo la televisión, bebiendo cerveza y emitiendo gruñidos de

satisfacción cada vez que una chica joven se atreve a atravesar el umbral de la puerta del respectivo garito. Después llegarán a sus casas hambrientos de sexo e intentarán tirarse a sus mujeres. O a la del vecino de al lado, que seguramente será más joven, estará más buena y no la dolerá la cabeza. Joder, yo no quiero llevar esa vida tan patética. No pienso hacerlo. Yo no.

Día 30

Los días pasan más rápidos desde que la conocí. Marta y yo, al contrario, avanzamos lentamente en nuestra relación. Todo con ella va despacio, calmado, como los pasos de un escalador, afianzando cada uno de ellos, levantando un pie sólo cuando sabes seguro el otro. Me gusta. El resto de cosas parece ir demasiado acelerado. Las noticias fluyen veloces por los medios de comunicación. Los programas expertos en atontar a la población con sus estupideces, mentiras y engaños ya hacen emisiones especiales. Hablan de asesinos en serie. Llevan a sus mesas redondas grandes expertos en psicología, criminología y tontería, para hablar del asesino de mujeres. Porque sólo cuentan a las mujeres: la chica de la floristería, Lorena, y la camarera. Nadie habla del capullo degollado y mucho menos mencionan como víctima al resto humano al que tuve a bien dar fin para evitar su inminente agonía.

Estoy comiendo en un restaurante cercano a la oficina. Me acompañan dos de mis compañeros de mesa, además de la muñeca perfecta de administración, a la que todos se quieren tirar y el capullo de contabilidad. Hemos bajado a comer bastante tarde. Malditas reuniones. La televisión emite uno de esos programas. Todos parecen putos expertos en asesinos. Dan un número de teléfono para ayudar a la policía. Si alguien tiene alguna pista, pueden llamar al número que aparece en pantalla, dice la presentadora con voz seria. Intento que no se me escape una carcajada cuando lo veo. Imagino al inspector. No creo que esté de acuerdo con eso. Ese tipo es un grosero, pero no un capullo tan inepto como para hacer esta estupidez. Es un maldito espectáculo televisivo y la gente lo cree. Es patético.

Todos los comensales están absortos escuchando las opiniones de los entendidos en la materia. Uno

de los fanticos invitados al programa vomita su opinión sin ningún tipo de reparo: seguramente el asesino o asesinos, porque aún no hay nada seguro, sean personas completamente asociales, solitarias, posiblemente desocupadas y con suficiente dinero para vivir sin trabajar. El contable asiente la afirmación con la cabeza. Comenta algo de que si él tuviera al asesino a la cara le reconocería en seguida. Tiene un sexto sentido para la gente mala. Todos sonríen ante la afirmación del capullo de contabilidad y éste, herido en el orgullo, explica cómo una vez evitó sufrir un atraco sólo viendo la cara del atracador. Salió del establecimiento antes de que ocurriera porque lo supo al verle la cara. Gilipollas.

Otro de los presentadores del programa está completamente de acuerdo con su colega. Además, añade la posibilidad de que el asesino sienta cierto deseo de ser mujer, de ahí el odio exacerbado hacia el género femenino, dada su incapacidad de transformación completa. Un comienzo de carcajada sale de mi boca, pero lo detengo justo a tiempo. Imito que me he atragantado con algo. Toso. Todos me miran ahora. Cuidado tío, o no hará falta que te mate el psicópata. Es la puta voz del maldito engominado con coche nuevo y caro, que hace así su presentación en el restaurante. Joder, lo que me faltaba. Le hacemos un hueco para que pueda comer con nosotros. Después, con aire de interés, sigo escuchando mi perfil psicológico expuesto por los expertos tertulianos circenses que, creo recordar, la semana pasada eran expertos arquitectos que comprendían perfectamente los entresijos de la profesión.

<http://asesinopsicopata.blogspot.com/>

Juanjo Escribano